

# **SAN MARTIN**

## **EL VENCEDOR DE SUS VICTORIAS**

---

**Drama Histórico**

**en**

**Dos Actos y Cuatro Cuadros**

---

### **ACTO I. EL PROTECTOR DEL PERU**

**Cuadro Primero.** La conspiración.

**Cuadro Segundo.** La sentencia.

### **ACTO II. LA ENTREVISTA DE GUAYAQUIL**

**Cuadro Primero.** La recepción.

**Cuadro Segundo.** La conferencia.

### **G u i ó n**

El que represente al General San Martín ha de mostrarse en todo momento correcto militar, sereno siempre, mirada penetrante, ademanes cultos, dicción clara sin afectación, enérgica sin arrogancia. Hará notar el contraste entre los momentos de desaliento por los contratiempos, y los de reacción inmediata por su temperamento ardiente y gran patriotismo.

Caracterización: cabello negro, nariz aguileña, color blanco. Banda peruana, faja argentina.

Bolívar tendrá por costumbre mirar más bien de soslayo, como espiando los ademanes de su interlocutor, sin exagerar.

Caracterización: tez tirando a morena, cabello negro y ensortijado, frac negro, peto rojo bordado con galón de oro, medallas con cintas venezolanas, colombianas y ecuatorianas, faja colombiana, pantalón rojo, penacho con los colores nacionales de Colombia.

Los militares que representan el Primer Acto han de aparecer con

fajas peruanas, argentinas o chilenas según corresponda. Los mismos actores pueden intervenir en el Segundo Acto usando algunos de ellos fajas colombianas, venezolanas y ecuatorianas. Los mezos pueden ser negros.

## ACTO I

### EL PROTECTOR DEL PERU

#### REPARTO GENERAL

General José de SAN MARTIN  
 General Juan Antonio Alvarez de ARENALES  
 General Juan Gregorio de LAS HERAS  
 General Rudecindo ALVARADO  
 Coronel Tomás GUIDO  
 Doctor Bernardo MONTEAGUDO  
 Coronel Enrique MARTINEZ  
 Comandante Eugenio NECOCHEA  
 Coronel Cirilo CORREA  
 Coronel Mariano NECOCHEA  
 Coronel Diego PAROISSIEN  
 Coronel Tomás HERES (Colomb.)  
 Coronel Francisco Antonio PINTO (Chil.)  
 Coronel Agustín GAMARRA (Per.)  
 Edecán Manuel ROJAS.

#### Cuadro Primero. La conspiración

Un salón escritorio bien amueblado, sillas y sofá acolchados; un escritorio con útiles, una campanilla. Trofeos de banderas españolas, argentinas y chilenas. Inscripciones: San Lorenzo, Chacabuco, Maipú, Entrada en Lima. La sala debe estar alfombrada.

#### Escena 1

El secretario GUIDO escribiendo a un costado del escritorio. Entra el General ARENALES por la derecha.

GUIDO.—(Levantando la cabeza mira asombrado al General ARENALES, que viste de civil, y se pone de pie.) ¿Es Usía el General Arenales?

ARENALES.—(Sonriente) El mismo, Sr. Guido.

GUIDO.—Esperábamos que entrase Usía, por la ciudad, al frente de su división.

ARENALES.—Es mejor evitar toda demostración pública en los momentos actuales.



GUIDO.—(Entusiasmado) ¿No sería digno de celebrarse el que hayamos obligado al enemigo a que abandone la capital de los Pizarro? ¡El Perú es libre! y con él toda la América española.

ARENALES.—Dios y la Patria reconocerán esta gloria del General San Martín.

GUIDO.—Con todo, él no espera gloria ni recompensa alguna. Así lo repite a cada instante. Unicamente desea dar término a su obra.

ARENALES.—Tiene razón. ¿Qué recompensa puede esperar de parte de los hombres? Se le juzga un rebelde al gobierno argentino porque no quiso emplear su glorioso ejército en la lucha contra la anarquía.

GUIDO.—En efecto. Su ambición no es otra que el merecer el odio de los hombres ingratos y el aprecio de los hombres virtuosos.

## Escena 2

Dichos más SAN MARTIN entra por la izquierda.

SAN MARTIN.—Le esperaba General Arenales. (A Guido) Déjenos solos.

(Guido saluda y váse izquierda.)

ARENALES.—Buenas Noches, General San Martín.

SAN MARTIN.—(Estrechándole la mano) Celebro mucho volverle a ver, General, después de nuestra separación.

ARENALES.—Me complace, General, felicitarle por su entrada en Lima sin una gota de sangre.

SAN MARTIN.—Siéntese, General, y refiérame los incidentes de su gloriosa campaña a través de las sierras del Perú. (Se sientan).

ARENALES.—Siguiendo sus instrucciones me interné en las sierras con feliz éxito en un principio. Alcancé y derroté a Quimper en Ica. Nos apoderamos de Huancamélica y Huamanga, y siguiendo por el valle de Jauja derroté nuevamente a Quimper en Nazca. En la batalla de Pasco fueron tomados prisioneros el General O'Reylli y el Coronel Andrés Santa Cruz y quedaron en nuestro poder sus banderas, la artillería, fusiles y caja militar.

SAN MARTIN.—Muy bien, General, le felicito.



ARENALES.—No tuvimos suerte con la retaguardia. También fueron vencidos los indios que peleaban por nuestra causa. Si no hubiese recibido orden de retirarme, quizá hubiésemos hecho más.

SAN MARTIN.—La empresa confiada a su prudencia ha dado los frutos que me había propuesto. Los realistas están moralmente derrotados.

ARENALES.—Mucho temo, General, que la guerra se prolongue más de lo que esperábamos.

SAN MARTIN.—No pienso así, General Arenales. (Soriente) “A cada puerco le llega su San Martín” como dijo el Virrey Pezuela, al saber que veníamos a este país.

ARENALES.—Pero Canterac y Valdez son generales bien preparados...

SAN MARTIN.—Con la toma de Lima, los españoles han perdido todo su prestigio. Están desorientados. Yo creo que la independencia de América es cuestión de tiempo... de muy poco tiempo. Lima es el centro de nuestras operaciones.

ARENALES.—¿Y qué día hizo su entrada en Lima, General?

SAN MARTIN.—El 10 de julio a las siete y media de la noche.

ARENALES.—¿Entró con algunos cuerpos de ejército?

SAN MARTIN.—El día anterior al anochecer, entró silenciosamente una división, que fué recibida en medio de aplausos populares. Yo entré de incógnito, acompañado tan sólo de un ayudante y me dirigí al Palacio de los Virreyes.

ARENALES.—¿Por qué entró con tan pocas fuerzas?

SAN MARTIN.—Porque el Virrey La Serna abandonó Lima sin disparar un tiro. La noticia de mi llegada se había generalizado y todos los habitantes acudieron en tropel para conocerme y saludarme. Una mujer se me presentó ofreciéndome sus tres hijos para el ejército. La hice levantar con bondad y la abracé.

ARENALES.—¿Qué bien, General!

SAN MARTIN.—Luego levanté en brazos, en medio de grandes aplausos, a una niña de doce años que se parecía a mi hija. La muchedumbre se entusiasmó. Uno gritó: “¡Viva el General San Martín!” —No, no, prorrumpí yo, griten: ¡Viva la independencia del Perú!

ARENALES.—Aquí ardió Troya. ¿Verdad General?



SAN MARTIN.—El entusiasmo se convirtió en delirantes ovaciones.

ARENALES.—Le felicito, General, por la manera cómo le recibieron en la ciudad de los Reyes.

SAN MARTIN.—No se ilusione mucho, mi querido amigo. Es necesario conocer a los hombres. No tardaremos en encontrar dificultades e incomprensiones, aún de parte de los nuestros. Ya hemos empezado a sentirlas.

ARENALES.—¿Por qué lo dice, General?

SAN MARTIN.—Porque los hombres tienen muy metida en el alma la pasión del dominio y difícilmente saben sobreponerse a ella cuando es necesario un sacrificio.

ARENALES.—Pero Dios y la Patria le concederán mayores glorias que las que ha alcanzado en su santa cruzada libertadora.

SAN MARTIN.—Abraze y agradezca en mi nombre a los Jefes y oficiales que combatieron a sus órdenes cooperando a la emancipación del Perú. Los vencedores de Pasco serán condecorados con medalla de oro, para los jefes; de plata para los oficiales, y un escudo de paño bordado de oro para los soldados.

ARENALES.—Mil gracias, General. Cumpliré sus deseos. (Saluda y váse por la derecha).

### Escena 3

Menos ARENALES. El General se sienta al escritorio. Entra el EDECAN por la derecha y anuncia. Luego HERES.

EDECAN.—General, desde hace unos momentos espera el Coronel Heres.

SAN MARTIN.—Que entre.

EDECAN.—(Asomándose a la puerta) Adelante, Coronel.

HERES.—Buenas noches, General.

SAN MARTIN.—¿Es de oficio su vista?

HERES.—Es estrictamente confidencial.

SAN MARTIN.—(Hace una señal al EDECAN para que se retire) Siéntese, Coronel.

HERMES.—Seré breve, General. Ayer en reunión privada con los Coroneles Pinto, Gamarra y Necochea resolvimos poner en conocimiento a Usía de un asunto de suma importancia.



SAN MARTIN.—Dijo que sería breve, Coronel.

HERES.—Perdone, General. Se trata de una conspiración que preparan los principales jefes del ejército de los Andes.

SAN MARTIN.—¿Sabe los nombres de algunos de los complotados?

HERES.—Los Generales Las Heras, Alvarado, Martínez, Correa, Cirilo y Necochea.

SAN MARTIN.—¿Qué finalidad tiene?

HERES.—Deponer al Protector del Perú y aún atentar contra su vida.

SAN MARTIN.—¿Para cuando se planea?

HERES.—Aún no se fijó fecha; pero es cosa de pocos días.

SAN MARTIN.—¿Podría suministrarme más datos sobre su informe?

HERES.—Mi informe, General, se apoya en datos positivos que podría proporcionar a Usía en el momento que lo desee. Por lo pronto estoy dispuesto a contrarrestarla por la fuerza si es necesario.

SAN MARTIN.—¡No hay cuidado!

HERES.—¡General! ¿No teme Usía por su vida? Por lo menos sería necesario relevar la guardia del Palacio que se dice complotada...

SAN MARTIN.—(Poniéndose de pie) Mucho le agradezco, Coronel Heres, su informe. Le llamaré si necesito su ayuda.

HERES.—A sus órdenes, General. (Saluda y váse.)

#### Escena 4

Menos HERES. Entra EDECAN. A poco PAROISSIEN.

EDECAN.—General, un enviado especial del General en Jefe del Ejército Unido desea verle.

SAN MARTIN.—Que entre. (A PAROISSIEN que entra) ¿Es Usía el Coronel Paroissien?

PAROISSIEN.—A sus órdenes, General.

SAN MARTIN.—Su oficio...

PAROISSIEN.—Mi Jefe el General Las Heras, le comunica, por mi intermedio, que el Batallón Numancia se ha levantado en armas.

SAN MARTIN.—¿Contra quién?

PAROISSIEN.—Circulan insistentes rumores que tiene por fin deponer de su cargo al Protector del Perú.



SAN MARTIN.—No hay cuidado... Agradezca a su Jefe su mensaje.

PAROISSIEN.—Cumpliré sus deseos, General. Buenas noches. (Saluda y váse derecha.)

### Escena 5

SAN MARTIN solo paseando. Luego GUIDO.

SAN MARTIN.—El General Las Heras me avisa que el Batallón Numancia se ha levantado en armas contra mí. (Se detiene pensativo.) El Coronel Heres reunido con los Jefes del Numancia resuelven avisarme que los Jefes del Ejército Unido conspiran contra mí. (Sigue paseando.) Los hombres no se entienden entre sí. La ambición y el deseo de gloria son su perdición. ¿Quién puede haber sembrado la discordia y el descontento entre mis jefes? (Resuelto.) Es necesario hacer conocer a todos el camino del deber y de la justicia y animarles a seguirlo. De lo contrario la causa de la libertad está perdida. (Va decidido a su escritorio.)

GUIDO.—(Entra por la izquierda y se detiene al observar la preocupación de su Jefe. Empieza a hablar cuando SAN MARTIN advierte su presencia.) Por lo visto Usía esta noche no descansará ni una hora.

SAN MARTIN.—Hay asuntos de suma importancia, amigo, que no permiten dormir. ¿Qué audiencias hay anunciadas para hoy?

GUIDO.—El General Las Heras avisó que vendría muy de madrugada por tratarse de algo de importancia.

SAN MARTIN.—Me lo imagino. Ha de esta a punto de llegar.

GUIDO.—Por lo visto las dos últimas visitas han dejado a Usía un poco preocupado...

SAN MARTIN.—(Sale del escritorio y le habla confidencial.) Amigo Guido. Cada día siento más de cerca el fin de mi vida pública. Trataré de entregar esta pesada carga en manos más seguras que las mías y me retiraré a vivir como hombre.

GUIDO.—Nacido Usía para la lucha y comprometido a libertar los pueblos esclavizados, no puede aspirar a esa quietud.

SAN MARTIN.—¿Qué quiere, amigo! No es que desee apartarme por cobardía. Pero hay injusticias que duelen más



que un bayonetazo. Sea cual fuere mi suerte en la campaña del Perú, demostraré a los hombres que mi pensamiento ha sido únicamente la libertad y la felicidad de los pueblos de América.

### Escena 6

Dichos más Gral. LAS HERAS entra por la derecha.

EDECAN.—(Entrando) El General en Jefe del Ejército Unido.  
(Váse por derecha.)

LAS HERAS.—Perdone la hora intempestiva, mi General.

SAN MARTIN.—¡Bienvenido, General Las Heras! (Adelantándose sonriente mientras le estrecha la mano.) El Coronel Heres me ha declarado que los jefes de los Andes conspiran contra mí.

LAS HERAS.—(Medio sorprendido, reacciona en seguida.) ¡Me sorprende, General, semejante noticia!

SAN MARTIN.—¿Es Usía sabedor de dicha conspiración?

LAS HERAS.—(Enérgico) Protesto en mi nombre y en el de mis compañeros que en ningún momento hemos participado de semejante acto; aunque es verdad, como hice sabedor a Usía, el levantamiento del Numancia.

SAN MARTIN.—¿Con qué fin?

LAS HERAS.—Se habla del Protector del Perú.

SAN MARTIN.—(Sonriendo) ¿Nada más?

LAS HERAS.—Este y otros rumores han dado, sin duda, pie a tan odiosas acusaciones.

SAN MARTIN.—No tome en cuenta, entonces, mis palabras.

LAS HERAS.—Pero la razón de mi visita, General, es precisamente los insistentes rumores que han circulado en torno nuestro.

SAN MARTIN.—Lo mejor es no darles importancia.

LAS HERAS.—Se nos acusa de ingratitud a la persona del Protector del Perú. Tales rumores, como puede muy bien comprenderse, van en menoscabo del decoro debido a los jefes del Ejército de los Andes.

SAN MARTIN.—No menos que en menoscabo del decoro del Protector del Perú. ¿Verdad?

LAS HERAS.—Exactamente, Sr. Protector. Por lo tanto pido en mi nombre y en el de todos los jefes del Ejército de los Andes a quienes represento, que llame Usía a todos



los que de alguna manera aparecen comprometidos en su fama, para averiguar el origen de tan grave acusación.

SAN MARTIN.—(Lo piensa un poco) Antes de realizar un acto de tal naturaleza, necesitaría tiempo para pensarlo.

LAS HERAS.—La dilación, Sr. Protector, por breve que sea, quizá daría tiempo a que los detractores huyeran.

SAN MARTIN.—¿No le parece contraproducente el que se hiciese pública una reunión de tal naturaleza?

LAS HERAS.—Se haría en el mayor secreto.

SAN MARTIN.—(Después de pasearse un rato, llama con la campanilla al Secretario.)

GUIDO.—(Aparece por la izquierda) ¿General...?

SAN MARTIN.—Extienda un parte secreto a todos los Jefes del Ejército de los Andes que le indicará el General Las Heras, a fin de que comparezcan en el Palacio de Gobierno el último día del corriente mes. (GUIDO toma nota.) Y también a los jefes del Numancia. (Al Gral. LAS HERAS.) ¿Está satisfecho General?

LAS HERAS.—Todo sea por el bien de la América y el honor del Ejército Unido.

(Telón rápido)

## Cuadro Segundo. La sentencia

Lujosa sala de audiencias del Palacio de Gobierno de Lima. Sillas de alto respaldo, a ambos lados de una gran mesa oval. San Martín se ubicará en un extremo de ella, de manera que quede al fondo del escenario, en una silla un poco más elevada que las demás mediante una tarima.

### Escena 1

SAN MARTIN en el centro, al fondo. A su izquierda, el Secretario GUIDO y a la derecha el Ministro de la Guerra MONTEAGUDO que preside la asamblea. Alrededor de la mesa: el Coronel HERES, LAS HERAS, MARTINEZ, NECOCHEA Eugenio, CORREA Cirilo, ALVARADO, PINTO, NECOCHEA Mariano, GAMARRA y PAROISSIEN.

SAN MARTIN.—(De pie; al abrirse el telón empieza a hablar) Muy contra mi voluntad, Señores Jefes del Ejército de los Andes, pero movido por la gravedad del caso, me veo precisado a convocar esta asamblea. Impongo a todos los



presentes el más estricto y absoluto secreto de guerra, así del lugar como de la materia que en ella tratemos. Lo exige el bien de la América y el honor del Ejército Unido. (Se sienta.)

MONTEAGUDO.—(Poniéndose de pie) Señor Coronel Don Tomás Heres, colombiano, ¿afirma, Usía, la existencia de una conspiración que ponga en peligro la suprema autoridad del Perú?

HERES.—(Que se ha puesto de pie al oír su nombre) Así lo afirmo.

MONTEAGUDO.—¿Está dispuesto a probarlo?

HERES.—La existencia de dicha conspiración es cosa manifiesta.

MONTEAGUDO.—No basta la opinión pública para probar su aserto.

HERES.—El mismo Sr. Protector parecía tener conocimiento de ella antes que yo se lo comunicase.

MONTEAGUDO.—Prescinda el Sr. Coronel de lo que sabe o pueda saber el Sr. Protector del Perú.

HERES.—Lo prueba el levantamiento del Numancia, realizado en previsión de posibles eventualidades.

MONTEAGUDO.—Sr. Coronel. Buscamos el origen de la noticia y no los efectos que de ella se siguieron.

HERES.—¿Qué clase de origen quiere el Sr. Ministro?

MONTEAGUDO.—Debe aducir por lo menos dos testigos.

HERES.—Afirmé a su tiempo haberlo oído del Coronel Letamendi, del Batallón 5 de Chile.

MONTEAGUDO.—(Mostrando una carta) El Coronel Letamendi niega haber tenido la cita en la que Usía afirmó haber recibido tal informe.

HERES.—(Impaciente, adelantándose) ¿También lo niega el Deán don Francisco Javier Echagüe?

MONTEAGUDO.—Asegura que el único fundamento que él tiene para afirmarlo, es el levantamiento del Numancia, batallón al que Usía pertenece, en la noche del 15. (HERES queda confuso con la cabeza baja.)

SAN MARTIN.—Coronel Heres. ¿Afirmó Usía haberse reunido para deliberar, antes de transmitirme la noticia de la sublección?

HERES.—(Reaccionando) En efecto. Estuvieron presentes los Coroneles Pinto, Necochea y Gamarra. (Se ponen de pie rápidamente al ser nombrados.)



PINTO.—Estuvimos reunidos con el Coronel Heres. Pero fué él quien aseguró que tenía datos positivos sobre la tal conspiración...

GAMARRA.—...y se negó a darlos.

NECOCHEA.—Parece haberse precipitado un poco el Sr. Coronel en deducir consecuencias. (HERES de nuevo baja la cabeza confuso. Se sientan PINTO. NECOCHEA y GAMARRA.)

ALVARADO.—(A SAN MARTIN) Sr. Protector. No deja de ser una temeridad el haber puesto en tela de juicio el proceder de todos los jefes del Ejército en momentos tan difíciles.

MARTINEZ.—El Señor Coronel se ha hecho digno de un severo castigo según las más estrictas leyes militares.

CORREA.—La calumnia declarada contra todos los altos Jefes del Ejército le hace acreedor a la pena de muerte.

LAS HERAS.—Es mi parecer, Sr. General, que se establezca un juicio formal para decidir el grado de culpabilidad del acusado y la conducta de cada uno de nosotros.

SAN MARTIN.—(Después de un rato de silencio se levanta lentamente y habla con energía y gravedad) Recomiendo en primer lugar a los Señores Jefes aquí presentes que se sirvan tratar con mayor dignidad, equidad y consideración al Coronel Heres. Es necesario tener presente que sus leales intenciones fueron proteger la causa de la libertad de un posible peligro. Desearía, asimismo, que excogitasen un medio menos ruidoso que no redunde en daño de la causa de la independencia que todos sostenemos. (Todos conversan entre sí mientras San Martín toma de nuevo asiento y espera de nuevo la resolución.)

LAS HERAS.—Es nuestro parecer unánime que el Sr. Protector resuelva por sí solo la cuestión conforme a su alta prudencia y bondad.

SAN MARTIN.—Agradezco a todos esta deferencia. (Poniéndose de pie.) Señores Jefes, pueden retirarse. (Saludan y vánse todos, menos MONTEAGUDO y GUIDO.)

## Escena 2

SAN MARTIN y MONTEAGUDO de pie, GUIDO sentado tomando nota.



SAN MARTIN.—¿Qué conclusión ha sacado de la consulta, Sr. Ministro.

MONTEAGUDO.—Ha quedado de manifiesto el juicio contradictorio de los Jefes.

SAN MARTIN.—Exactamente. No había necesidad de seguir adelante para darse cuenta de ello.

MONTEAGUDO.—El fin de la asamblea se ha conseguido.

SAN MARTIN.—Aun cuando se ha dominado la situación; es necesario salvar al denunciante del odio de los conjurados.

MONTEAGUDO.—Cosa difícil.

SAN MARTIN.—(A GUIDO) Sr. Secretario. Envíe una nota privada al Coronel Heres aconsejándole que se ausente a su país en el término de cuatro días, para velar por su seguridad personal. (GUIDO escribe. Al terminar levanta la cabeza.) Y otra especial manifestándole que a pesar de los sucesos desagradables ocurridos entre él y los demás jefes del Ejército, como Jefe de Estado y como General en Jefe, le doy las gracias por sus servicios en pro de la libertad del Perú.

MONTEAGUDO.—Este razgo de clemencia, Sr. General, hará que muchos de los ánimos desafectos a su persona, vuelvan a apreciarle como en un principio.

SAN MARTIN.—(Tristemente) Es posible, Dr. Monteagudo. Pero estos mismos hombres que en otro tiempo estuvieron indentificados con su jefe, como pudimos verlo en Rancagua, están ahora sublevados moralmente. Mi corazón está dilacerado por tantas ingratitudes y engaños de parte de los hombres.

MONTEAGUDO.—¿Piensa, Usía, que esta situación tenga remedio?

SAN MARTIN.—Evidentemente, y sin demora. La causa del continente americano me lleva a realizar un designio que alhaga mis más caras esperanzas. Voy a encontrar en Guayaquil al Libertador de Colombia. Los intereses generales del Perú y de Colombia, la enérgica terminación de la guerra que sostenemos, y la estabilidad del destino a que con rapidez se acerca la América, hacen nuestra entrevista necesaria, ya que el orden de los acontecimientos nos ha constituido en alto grado res-



ponsables del éxito de esta sublime empresa. ¡A Colombia! ¡A encontrar al Libertador!

(Telón rápido.)

## ACTO II

### LA ENTREVISTA DE GUAYAQUIL

#### REPARTO GENERAL

General José de SAN MARTIN  
General Simón BOLIVAR (Venez.)  
Coronel Rufino GUIDO  
Sr. Juan Manuel BLANCO SALAZAR  
Sr. José de LA MAR (Ecuat.)  
Coronel Manuel ROJAS  
Coronel Salvador SOYER (Chil.)  
General Antonio José de SUCRE (Ven.)  
Coronel Tomás Cipriano de MOSQUERA (Venez.)  
Secretario José Gabriel PEREZ (Venez.)  
EDECAN de Bolívar (Colom.)  
Coronel Juan LAVALLE  
General Andrés Simón de SANTA CRUZ (Colom.)  
Militares colombianos, venezolanos y ecuatorianos.  
Dos mozos.

#### Cuadro Primero. La recepción

Amplio y lujoso salón o vestíbulo del Palacio Luzarraga en Guayaquil, con columnas y escalinatas, sin muebles. Un balcón en el foro con fondo lejano de montañas.

#### Escena I

BOLIVAR con su Estado Mayor, entre ellos, los Generales SUCRE, SANTA CRUZ y el Coronel MOSQUERA, el Secretario José Gabriel PEREZ, un EDECAN. Militares colombianos, venezolanos y ecuatorianos.

BOLIVAR.—(Paseándose impaciente por el vestíbulo, mientras los demás hacen corrillos en diversos lugares de la sala. Algunos miran por el balcón del foro.) Coronel Mosquera...

MOSQUERA.—¿Excelencia...?

BOLIVAR.—¿A qué hora salieron los edecanes para saludar al Sr. Protector?



MOSQUERA.—Ayer al amanecer.

BOLIVAR.—¿Recibieron las instrucciones que le impartí?

MOSQUERA.—Sí, Excelencia. Dos de ellos debían salir al encuentro de la goleta "Macedonia" para presentar al Protector los saludos de Su Excelencia.

BOLIVAR.—¿Y los otros dos?

MOSQUERA.—Cuando la goleta estuviese a punto de arribar, para ofrecerle hospitalidad.

BOLIVAR.—¿Y el desembarco?

MOSQUERA.—Ha de estar a punto de llegar. (Se dirige al balcón del foro.)

(Se oyen gritos y vítores en la calle.)

BOLIVAR.—(A MOSQUERA) Coronel, baje a recibirle.

(MOSQUERA saluda y sale por la derecha.)

## Escena 2

En seguida se oye una marcha militar que va *in crescendo* hasta que SAN MARTIN entra en escena por la derecha, acompañado de MOSQUERA. Le siguen sus edecanes GUIDO y SOLER. Además BLANCO SALAZAR, LA MAR, ROJAS y LAVALLE. Disminuye el sonido de la música cuando los generales se saludan.

BOLIVAR.—(Se dirige resueltamente a él y le da la mano) Al fin se cumplieron mis deseos de conocer y estrechar la mano del renombrado General San Martín.

SAN MARTIN.—Los míos están cumplidos al encontrar al Libertador del norte General Simón Bolívar.

BOLIVAR.—Tengo el agrado de presentarle a los Jefes de mi Estado Mayor. El General Sucre...

(Continúa la presentación de los demás jefes que acompañan a Bolívar. Luego SAN MARTIN presenta a sus acompañantes. La música vuelve a tomar intensidad hasta que termina la presentación. Se forman corrillos de los presentes y poco a poco van abandonando la sala. Quedan únicamente SAN MARTIN con GUIDO y SOLER, y BOLIVAR con MOSQUERA y EDECAN.)

## Escena 3

SAN MARTIN y BOLIVAR se pasean conversando por la



sala. Los edecanes conversan en corrillo hasta que se les haga la señal para salir.

SAN MARTIN.—Hace tiempo, Señor Libertador, que deseaba esta entrevista para tratar en ella de los destinos de América.

BOLIVAR.—Usía sabe la razón del fracaso de nuestra primera entrevista planeada para febrero.

SAN MARTIN.—Tuve conocimiento de ella en Huanchaco.

BOLIVAR.—Habiendo de salir apresuradamente para Quito, no pude esperar a Usía como era mi deseo.

SAN MARTIN.—Cada día se hacía más urgente la necesidad de nuestra entrevista.

BOLIVAR.—Efectivamente, el problema de la libertad de América es uno solo. **(Hace una señal de salir a los edecanes que se van por la izquierda.)** Todos estos pueblos ansían la única y gloriosa libertad.

SAN MARTIN.—Y es un deber nuestro, el proporcionársela cumplidamente.

BOLIVAR.—Como le decía en mi carta, Sr. Protector, conseguida la independencia de Colombia, nuestro ejército considera un honor y un deber el acudir en ayuda de nuestros vecinos del sur.

SAN MARTIN.—Es preciso combinar nuestros intereses, que nos han confiado los pueblos, a fin de asegurarles el beneficio de su independencia.

BOLIVAR.—Ya lo ha realizado Usía con el auxilio que nos enviara y que contribuyó en gran parte al triunfo de Pichincha.

SAN MARTIN.—En efecto. Los triunfos de Bomboná y Pichincha han puesto el sello de la unión entre Colombia y el Perú.

BOLIVAR.—La independencia de los países del norte, que acabamos de conseguir, ha contribuído a asegurar la campaña del sur.

SAN MARTIN.—De la misma manera que el terminar con el centro realista del Perú, consolida la independencia de los del norte.

BOLIVAR.—Considero de mayor importancia la de los países del norte por cuanto son como la llave de paso de toda esta región, ya de suyo incomunicada por el sur.

SAN MARTIN.—Es lógico que así lo considere Usía por tratarse de un país en el que ha combatido recientemente.



BOLIVAR.—Usía se dará cuenta del estado real de la República de Colombia en los momentos actuales, por la correspondencia que he recibido recientemente del Vicepresidente Santander. )Se asoma a la puerta de la izquierda y llama.) Coronel Mosquera...

MOSQUERA.—Excelencia...

BOLIVAR.—Traiga a mi despacho la correspondencia del Vicepresidente Santander.

SAN MARTIN.—Después de esta consideración general sobre el estado de los países de América, es necesario tratemos a fondo la solución final de la pronta terminación de la guerra.

BOLIVAR.—No son otros mis deseos, Sr. Protector. Pero cuando Usía haya descansado de los trajines del desembarco.

SAN MARTIN.—Mi único deseo es finalizar cuanto antes el delicado negocio que nos ocupa para regresar cuanto antes al Perú.

MOSQUERA.—(Entrando por la izquierda) Excelencia. La correspondencia pedida.

BOLIVAR.—(Entregando una carpeta a SAN MARTIN) En ella encontrará Usía datos de mucho interés.

SAN MARTIN.—Mañana nos veremos.

BOLIVAR.—Como guste Sr. Protector. (A MOSQUERA) Coronel; acompañe al Sr. Protector hasta su alojamiento. (Se oyen gritos en la calle y vivas al Protector. BOLIVAR se asoma al balcón.)

BOLIVAR.—Sr. Protector. Asómese al balcón que el pueblo desea verle y saludarle una vez más.

(SAN MARTIN se asoma. Se oyen más vítores y vivas; empieza una marcha militar. SAN MARTIN saluda con la mano al pueblo, mientras se cierra el telón lentamente.)

### Cuadro segundo. La conferencia

Despacho del Libertador de Colombia lujosamente amueblado con un gran escritorio al centro y otro pequeño al lado izquierdo.

#### Escena 1

BOLIVAR sentado al escritorio. MOSQUERA de pie con



unos papeles en la mano y el secretario PEREZ en el escritorio de la izquierda. En seguida el EDECAN.

EDECAN.—(Entrando por la derecha) Excelencia. El Sr. Protector.

(Entra SAN MARTIN seguido de GUIDO y SOLER)

BOLIVAR.—(Poniéndose de pie) Le esperaba Sr. Protector.

SAN MARTIN.—Agradezco ante todo su invitación para la fiesta de esta tarde.

BOLIVAR.—No deseo sino agasajar debidamente a huésped tan ilustre.

SAN MARTIN.—Creo que para esa hora ya habremos terminado nuestra conferencia.

BOLIVAR.—Los de la fiesta pueden esperar.

SAN MARTIN.—(A su Edecán) Coronel Guido, lleve mi equipaje a bordo de la goleta y dé las instrucciones sobre la partida en la forma que le indiqué.

BOLIVAR.—¡Cómo Sr. Protector! ¿Piensa Usía embarcarse a media noche?

SAN MARTIN.—Después de la fiesta, se entiende, Sr. Libertador.

BOLIVAR.—Esperábamos tenerlo unos días entre nosotros.

SAN MARTIN.—Terminado el asunto principal de mi viaje, nada me resta por hacer en esta ciudad.

BOLIVAR.—Si así lo dispone Usía...

SAN MARTIN.—(A GUIDO) Que le acompañe el Coronel Soyer. Luego pueden venir a la fiesta.

(GUIDO y SOYER saludan y se van.)

BOLIVAR.—(A MOSQUERA y PEREZ) Por favor, déjenos solos. Cuide que nadie interrumpa hasta que hayamos terminado. Que los invitados pasen al salón cuando lleguen. (MOSQUERA y PEREZ saludan y se van. BOLIVAR y SAN MARTIN se sientan uno frente al otro, de perfil al público.)

BOLIVAR.—Conseguida la libertad de las naciones del norte queda por asegurar la situación de la independencia del Perú.

SAN MARTIN.—No abrigo el más mínimo temor respecto a la suerte militar del Perú.



BOLIVAR.—Entonces la terminación de la guerra es cuestión de tiempo.

SAN MARTIN.—Estimo, con todo, que una demora causaría la ruina de todos los pueblos. Es, por lo tanto, un deber sagrado para los hombres a quienes se nos ha confiado sus destinos, evitar tan grandes males.

BOLIVAR.—Usía puede contar con el auxilio de tres batallones colombianos que le enviaré en agradecimiento de la ayuda que nos enviara en Pichincha.

SAN MARTIN.—¿Cree Usía que bastarán?

BOLIVAR.—Así lo creo.

SAN MARTIN.—No se haga ilusiones, Sr. Libertador sobre las fuerzas realistas del Alto y Bajo Perú. Existen en América 19.000 veteranos españoles que pueden reunirse en dos meses y atacarlos. Necesitamos más gente avezada.

BOLIVAR.—¿Quiere, Usía, decir que debemos unir nuestros elementos de guerra para combatirlos?

SAN MARTIN.—Se trata de poner término a la lucha que por el mismo ideal, juntos hemos empeñado.

BOLIVAR.—Sería necesario, entonces, el permiso del gobierno de mi patria.

SAN MARTIN.—Y el triunfo correspondería al Libertador de Colombia, a su ejército y a la república que preside.

BOLIVAR.—(Indeciso) Dudo que el Congreso de mi patria me conceda el permiso necesario para ausentarme.

SAN MARTIN.—Pero, Sr. Libertador, no es acaso Usía el General en Jefe de los ejércitos que luchan por la libertad de estas naciones?

BOLIVAR.—Lo soy.

SAN MARTIN.—Entonces, la menor insinuación suya bastaría para conseguir la aprobación del Congreso.

BOLIVAR.—(Moviendo la cabeza incrédulamente) Lo creo difícil... muy difícil...

(Se produce un momento de silencio en que SAN MARTIN demuestra pensar preocupado, mientras BOLIVAR lo observa de soslayo.)

SAN MARTIN.—(Poniéndose de pie bruscamente y asentando el puño sobre la mesa, sin hacer ruido) Bien, General. Yo combatiré bajo sus órdenes...

BOLIVAR.—(Poniéndose de pie sorprendido) ¡Cómo...!

SAN MARTIN.—Puede venir con seguridad al Perú, contando con mi cooperación. Yo seré su segundo.



BOLIVAR.—(Queda pensativo un rato y luego agrega a modo de excusa) Sr. Protector... Hay que comprender la situación... El Congreso difícilmente concederá ese permiso... pues la Constitución es la regla de todos los actos que sanciona...

SAN MARTIN.—¿Y si lo concediese? Cuente conmigo.

BOLIVAR.—(Piensa un momento) Por delicadeza no me atrevería jamás a tenerle bajo mis órdenes. No me parece que sea posible hacer nada sobre este punto.

SAN MARTIN.—(Resignado) Está bien, General. Para mí hubiese sido el colmo de la felicidad terminar la guerra de la independencia de Sud América bajo las órdenes de un general a quien se debería la emancipación del continente americano. El destino lo dispone de otro modo y es preciso conformarse. Ni Usía ni yo con nuestras solas fuerzas podremos terminar una empresa de tanta trascendencia.

BOLIVAR.—En verdad, es tarea difícil.

SAN MARTIN.—Y para que pueda llevarla a cabo, dejaré mi ejército bajo sus órdenes. Así los defensores de la libertad serán más fuertes y temibles.

BOLIVAR.—¿Y quién quedará al mando de ese ejército?

SAN MARTIN.—El General Arenales. Puede confiar plenamente en él. A mi regreso al Perú, le enviaré la foja de servicio de cada uno de los jefes que en adelante servirán bajo sus órdenes.

BOLIVAR.—¿Piensa Usía retirarse definitivamente?

SAN MARTIN.—Para el 20 de setiembre está convocado el Congreso del Perú. Al día siguiente de su instalación, depositaré en sus manos el poder que me confirió y en seguida me alejaré de aquel país. Quiero demostrar a los hombres que mi deseo es solamente conseguir la libertad y la felicidad para los pueblos de América.

BOLIVAR.—(Después de breve pausa, se sientan nuevamente) ¿Y qué piensa, Sr. Protector de la organización de los nuevos estados americanos?

SAN MARTIN.—Aunque soy partidario del gobierno republicano, no considero a los pueblos que recién entran en la vida pública en disposición de gobernarse por sí mismos. Y en cuanto al Perú sería funesto el dejarle al arbitrio de sus nuevos valores.



BOLIVAR.—¿Es su deseo fundar una monarquía?

SAN MARTIN.—Nosotros general, no somos de la tela que se han hecho los reyes; monarcas que han fumado con sus súbditos el mismo cigarrillo.

BOLIVAR.—La república no es un hecho aislado en sudamérica. Después de doce años de lucha por la libertad, es muy difícil cambiar de rumbo. (Al ver que SAN MARTIN no responde) Por lo que veo son distintas nuestras opiniones, Sr. Protector.

SAN MARTIN.—(Levantándose) Efectivamente. Ahora sólo me resta desearle la felicidad y que tenga Usía la gloria de terminar la guerra de la independencia de América.

BOLIVAR.—Así lo espero.

SAN MARTIN.—Que jamás salga de nuestros labios lo tratado en esta asamblea. Pues tenga presente, General Bolívar, que de no hacerlo, la América arderá como un volcán por nuestra causa (Queda como indiferente con los brazos cruzados.)

BOLIVAR.—Lo cumpliré. Vamos a brindar porque se cumplan nuestros deseos. La fiesta ya ha comenzado.

(Se asoma y abre la puerta. Se oye música de vals. Entran todos los jefes y oficiales. Entran sirvientes con copas de champagne que reparten a los convidados. Bolívar ofrece una a SAN MARTIN.)

BOLIVAR.—(Levantando la suya) Brindo, Señores, por los dos hombres más grandes de América del Sur. el General San Martín y yo.

TODOS.—¡Muy bien! ¡Muy bien!

SAN MARTIN.—Por la pronta terminación de la guerra; por la organización de todas las repúblicas del continente y por la salud del Libertador de Colombia, General Simón Bolívar.

TODOS.—¡Muy bien! ¡Muy bien! (Beben.)

BOLIVAR.—(Tomando del brazo a San Martín) Pasemos al salón Sr. Protector.

(Salen los dos primeros. Les siguen los demás.)



## Escena 2

Quedan retrazados GUIDO, ROJAS, LAVALLE y SANTA CRUZ.

ROJAS.—Coronel GUIDO. ¿Qué le parece nuestro Jefe?

GUIDO.—No llevaba buena cara.

ROJAS.—Me parece difícil que se hayan entendido.

LAVALLE.—¿Qué entendimiento puede haber frente a hechos consumados?

ROJAS.—¿A qué se refiere, Coronel Lavalle?

LAVALLE.—A la anexión de Guayaquil.

GUIDO.—En verdad. Me parece que el Libertador esta vez nos ganó de mano.

ROJAS.—El General San Martín era partidario de que se diese al pueblo la libre elección de la nación a que deseaba pertenecer.

LAVALLE.—Por algo se adelantó Bolívar casi a marchas forzadas y ofreció su auxilio a los guayaquileños.

ROJAS.—Lo peor es que los guayaquileños están divididos y un partido ha solicitado la ayuda de San Martín y el otro la de Bolívar.

LAVALLE.—Uno u otro tendrán que ceder, de lo contrario nos embarcamos en otra guerra que terminará con nosotros antes que con los españoles.

SANTA CRUZ.—En el banquete ofrecido a Bolívar en Quito, expresó claramente su modo de pensar: "Guayaquil pertenece desde tiempo inmemorial a Colombia y el Ecuador no podrá enarbolar otra bandera que la de Colombia.

GUIDO.—Me parece que lo mejor es no preocuparse mucho de este asunto. . .

ROJAS.—Pero a mí me preocupa el estado de las cosas en el Perú.

GUIDO.—Ese habrá sido, sin duda, el tema principal de la entrevista.

LAVALLE.—No le veo la solución si Bolívar no nos ayuda.

GUIDO.—¿Y cómo hacer para saberlo?

SANTA CRUZ.—Se lo preguntaré en cuanto salga, ahora vamos a la fiesta.

ROJAS.—Es claro. ¿Qué hacemos aquí!

LAVALLE.—Todavía tenemos hasta la madrugada.

GUIDO.—¡Muchachos! Ya no hay tiempo.

LAVALLE.—¿Qué dices?



GUIDO.—Dentro de pocos momentos zarpamos. Todo está preparado. ...

TODOS.—¡¿Qué?!—

GUIDO.—Como lo oyen. El General me dijo que estaría muy poco tiempo en la fiesta. Que le esperásemos, pues ya no tiene que hacer en Guayaquil.

### Escena 3

SAN MARTIN sale seguido de los Sres. BLANCO SALAZAR y LA MAR.

SAN MARTIN.—Coronel Guido ¿cumplió mis órdenes?

GUIDO.—Puntualmente, Excelencia.

SAN MARTIN.—Llame al Coronel Soyer sin más tardar (Vase GUIDO.)

LA MAR.—¿Usía se siente mal?

SAN MARTIN.—No puedo soportar este bullicio. Hay asuntos de mayor importancia que reclaman nuestra presencia. Debo dar fin, cuanto antes, a mi obra. En seguida partimos.

BLANCO SALAZAR.—¿Y se escapa así, General, sin despedirse de nadie?

SAN MARTIN.—No hay necesidad.

BLANCO SALAZAR.—¿Ni del mismo Libertador?

SAN MARTIN.—El está al tanto. Vendrá en seguida a despedirse y saldremos por una puerta lateral sin que nadie nos vea.

SANTA CRUZ.—¿Nada puede adelantarse, Sr. Protector, del resultado de la entrevista?

SAN MARTIN.—Anunciaré a los peruanos que el Libertador de Colombia auxilia al Perú con tres de sus batallones y que tributen un reconocimiento eterno al inmortal Bolívar.

### Escena 4

Entra apresuradamente BOLIVAR seguido de GUIDO y SOYER.

BOLIVAR.—Perdone que le haya hecho esperar, Sr. Protector. No podía desprenderme de la gente sin llamar la atención.

SAN MARTIN.—Lo comprendo.



BOLIVAR.—Llévese, en recuerdo de su visita, este retrato mío (Le ofrece un estuche con su retrato.)

SAN MARTIN.—Lo guardaré como recuerdo imperecedero de su cordial acogida.

BOLIVAR.—¿Está al tanto Usía de lo acaecido en el Perú durante su ausencia?

SAN MARTIN.—Ignoro a qué se refiere.

BOLIVAR.—Siento decírselo. Por carta del Coronel Gómez, secretario de nuestra legación en el Perú, se ha sabido que durante vuestra ausencia los jefes os han hecho la revolución.

SAN MARTIN.—(Queda un momento pensativo) Si ha tenido lugar, me retiraré a la vida privada. Y ojalá que antes de morir, vea el triunfo de los principios democráticos que defendéis.

BOLIVAR.—Eso no será en nuestro tiempo ni en el siguiente. Pero habrá una metamorfosis, y una nueva generación disfrutará de esos beneficios.

SAN MARTIN.—Ahora le queda a Usía, Sr. Libertador, un nuevo campo de gloria en el que va a poner el último sello a la libertad de América. Dios que conoce el fondo de nuestra conciencia y la América, sabrán apreciar los esfuerzos de cada uno por conseguir su independencia. Adiós General Bolívar (Le tiende la mano. BOLIVAR se la estrecha; se saludan y BOLIVAR vase por la izquierda.)

### Escena 5

Al desaparecer BOLIVAR se sienten con intensidad los compases de vals en el salón, que luego cesan al cerrarse la puerta. SAN MARTIN queda de pie, al cerrarse la puerta; con los brazos cruzados, con mirada indefinida. Súbitamente se oye la Marcha de San Lorenzo; su mirada se aviva y contempla a lo lejos sus victorias. La música disminuye poco a poco hasta quedar como fondo para que se oigan sus palabras. Sus compañeros quedan en segundo plano, en semicírculo mirando a SAN MARTIN.

SAN MARTIN.—(Declamatorio. Muy sentido) San Lorenzo, Chacabuco, Maipú, Nazca, Pasco, Entrada en Lima; otras



tantas victorias por la libertad de América. (Pausa)  
Ha llegado la hora del supremo combate. Ha de ser la  
última y más grande de las victorias. Cumpliré mi último  
deber como General, corriendo la suerte del último de mis  
soldados. Con plena conciencia, renuncio a todas las vic-  
torias futuras por conseguir la última y más grande de  
las victorias: "Sacrificar mi honor y mi reputación, por  
servir a la América" (Queda en cuadro vivo. La música  
se intensifica.)

Telón.

UBÉN GERARDO ARANCIBIA, S. J.